

# **La "revisión de la historia" en Argentina y Paraguay. Los vínculos interpersonales entre David Peña y Juan E. O'Leary.**

María Gabriela Micheletti.

Cita:

María Gabriela Micheletti (2013). *La "revisión de la historia" en Argentina y Paraguay. Los vínculos interpersonales entre David Peña y Juan E. O'Leary. XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-010/1013>

XIV Jornadas  
Interescuelas/Departamentos de Historia  
2 al 5 de octubre de 2013

ORGANIZA:

Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras  
Universidad Nacional de Cuyo

Número de la Mesa Temática: 119

Título de la Mesa Temática: La escritura de la historia en espacios regionales: contextos, argumentos y vínculos intelectuales

Apellido y Nombre de las/os coordinadores/as: Liliana M. Brezzo y María Gabriela Quiñónez

**LA REVISIÓN DE LA HISTORIA EN ARGENTINA Y PARAGUAY. LOS  
VÍNCULOS INTERPERSONALES ENTRE DAVID PEÑA Y JUAN E. O'LEARY**

*Liliana M. Brezzo*

*María Gabriela Micheletti*

CONICET - IDEHESI - IH - UCA

*lilianabrezzo@conicet.gov.ar*

*mgmicheletti@conicet.gov.ar*

<http://interescuelashistoria.org/>

Este trabajo pretende dar cuenta de una investigación en progreso en la que se analizan las concepciones del pasado de dos historiadores: el argentino David Peña (1862-1930) y el paraguayo Juan E. O’Leary (1879-1969). Dicho estudio se desenvuelve, en primer término, a través del examen de los contactos epistolares que ambos mantuvieron a partir de los primeros años del siglo XX. Además de materiales valiosos para el objetivo historiográfico, las cartas cruzadas son un testimonio elocuente del rastro histórico que ellos mismos han dejado. En tanto discursos producidos en la esfera privada ponen de manifiesto sus inteligencias, sus preocupaciones, sus aspiraciones. Y ese descubrimiento es importante. En el caso de las remitidas por O’Leary allanan, entre otros asuntos, la reconstrucción del trayecto iniciático de su *revisión de la historia*, un movimiento que principió en 1902 como respuesta a las visiones del pasado dominantes en su país –de manera particular la censura a la memoria del Mariscal Solano López- y al socaire de su impugnación al orden político emergente tras la revolución de 1904.<sup>1</sup> En el de David Peña permiten complejizar la filiación del revisionismo histórico en Argentina y su recepción en otros espacios nacionales a partir de 1903, cuando se embarcó en el dictado de su curso sobre Juan Facundo Quiroga.<sup>2</sup>

Junto al examen epistolar se propone, en segundo término, un ejercicio comparativo entre las biografías que produjeron en torno a actores controvertidos de la historia de sus respectivos países: *Juan Facundo Quiroga: contribución al estudio de los caudillos argentinos* (1906), de David Peña, y *El Mariscal Solano López* (1925), de Juan E. O’Leary. En su plano metodológico, la investigación procura poner de manifiesto la importancia de las cartas intercambiadas entre historiadores para esclarecer sus concepciones del pasado y su utilidad para contrastarlas con los discursos históricos producidos en el espacio público;

---

<sup>1</sup> La investigación en curso ha permitido distinguir y precisar características de la peculiaridad y la dinámica del denominado *revisionismo histórico paraguayo*. En efecto, entre otras problematizaciones ha puesto de manifiesto la inconveniencia, desde la perspectiva de la interpretación del pasado, de la aplicación de ese concepto para el caso de Paraguay. (Brezzo, 2011b: 361-375)

<sup>2</sup> Puede sostenerse que a partir de los primeros compases del siglo XX, de la mano de obras como la de Ernesto Quesada emergió, en Argentina, una revisión de la lectura clásica de la Guerra del Paraguay. En efecto, en su estudio *La Política argentino-paraguaya* aparecen la mayoría de los tópicos que desarrollará in extenso el revisionismo posterior. (Véase: Devoto y Pagano, 2010: 203). En Uruguay, por la misma época principió un impulso de revisión de la lectura clásica de la guerra de la mano de Luis Alberto de Herrera, autor de *La tierra charrúa* (1901) y de *La diplomacia oriental en el Paraguay* (1909). Sobre la dinámica de esta lectura pueden verse los estudios de María Laura Reali (Vg., Reali, 2006)

en particular, en este caso, para poner en relación los procesos de *revisión de la historia* que se iniciaron contemporáneamente en Argentina y en Paraguay pero que, a juzgar por los resultados provisionales, tuvieron trayectorias y desenlaces diferentes<sup>3</sup>.

El estudio se apoya, centralmente, en los manuscritos que componen el Fondo David Peña del Archivo y Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia (República Argentina) y la Colección Juan E. O'Leary, depositada en la Biblioteca Nacional del Paraguay.

Una primera aproximación a las piezas documentales localizadas hasta el presente permite adelantar que la relación epistolar entre ambos autores no parece haber sido demasiado frecuente pero en cambio fue sostenida en el tiempo, pues habiendo comenzado en 1907 se prolongó hasta el final de la vida de quien de los dos falleció más tempranamente: David Peña. La última carta detectada, firmada por O'Leary en Madrid y dirigida a Peña, data de 1928, y la muerte de este último aconteció sólo dos años después, en 1930.

Asimismo, en esta primera etapa del análisis ha sido posible identificar tres momentos de especial densidad en los contactos epistolares Peña- O'Leary que se resumen en esta ponencia. En cada uno de ellos aparecen los “perseguidos” de la historia, según calificación de los corresponsales; en torno a ellos, dan cuenta de sus visiones del pasado y de su concepción de la historia.

### **Primer momento: Juan Facundo Quiroga y Francisco Solano López**

El contacto epistolar entre Juan E. O'Leary y David Peña comenzó en el mes de enero de 1907 en ocasión de divulgarse en Paraguay el texto sobre Juan Facundo Quiroga que fuera editado el año anterior en Buenos Aires.

Iniciado a instancias del historiador paraguayo parece conveniente situarlo, entonces, en su trayecto intelectual. O'Leary había comenzado a trabajar en el diario asunceno *La Patria* en el año 1900, mientras estudiaba abogacía en la Universidad Nacional de Asunción. En esa hoja principió la publicación, a partir del 2 de mayo de 1902, aniversario de la batalla de *Estero Bellaco* de la guerra contra la Triple Alianza, de una serie de 26

---

<sup>3</sup> En años recientes han sido desenvueltos diversos argumentos en torno a los epistolarios como herramientas de análisis historiográfico (Mestre Sanchís, 2000: 13-26, Ortega, 1991 y Borkoskay, 2002: 27-45).

escritos de índole histórica bajo el título general de *Recuerdos de Gloria*, cuyas entregas se prolongaron hasta el año 1904. El autor declaró que la principal intención que le movió a redactarlos fue el “de exaltar el heroísmo del pueblo vencido en una lucha desigual” y “exponer a las nuevas generaciones las hazañas de los héroes de la Guerra del Paraguay contra la Triple Alianza” quienes “dormían casi olvidados de la patria, después de haber escrito en sangre la estupenda epopeya de aquella defensa sobrehumana”.

Poco después de principiar estas entregas protagonizó con el prestigioso abogado paraguayo Cecilio Báez (1862-1941), la primera polémica sobre la historia del Paraguay. A través de las columnas de *La Patria* y *El Cívico* la disputa se inició en el mes de octubre de 1902 y se extendió hasta el 14 de febrero de 1903; fue la primera vez que la sociedad paraguaya participó, directa e indirectamente, en un debate sobre su pasado (Scavone Yegros, 2012).

Respecto a la guerra contra la Triple Alianza, Báez la explicaba como un efecto del propio sistema tiránico, que tuvo su origen en la época colonial y se consolidó durante los gobiernos de Francia y de los dos López:

La guerra – sostenía- se hizo de exterminio para el Paraguay, no solamente por obra de los aliados, sino también por obra del mismo López. Los déspotas siempre quieren aparecer como intérpretes de la voluntad nacional o sirviendo los intereses de la Nación. Cualquiera hombre de sentido común comprenderá que López ni debió intervenir en el conflicto uruguayo-brasilero ni mucho menos provocar la guerra. Tal fue el desenlace de la tiranía paraguaya. Fue el sacrificio de todo un pueblo. El país quedó arruinado y desmembrado. Toca a la nueva generación reparar lo perdido, por la educación, por el trabajo, por la práctica de la libertad, por el concurso del elemento extranjero, pero principalmente por la educación, para que al rebaño humano lo reemplace un pueblo consciente de sus derechos, que haga imposible la vuelta de las omnímodas y embrutecedoras dictaduras.

O’Leary lo enfrentó con un discurso completamente opuesto desde las columnas de *La Patria*, centrándose en un pasado heroico y glorioso, en el que la sociedad paraguaya vivía feliz y próspera hasta que una serie de causas exógenas la habían condenado a su

actual postración. Dedicó a cada episodio del acontecimiento bélico un artículo completo en un esfuerzo hermenéutico dirigido a mostrar

(...) quien fue la mano negra que arrojó, sobre el Plata y el Paraguay, el huracán de muerte que hizo añicos de nuestra pasada grandeza y poderío. Diremos que la intervención brasileña en el Uruguay y la guerra de 1865 fue el lógico desenlace de la política absorbente, de las miras ambiciosas del Imperialismo. En efecto, no de otro modo podían concluir las añejas pretensiones del único imperio de la América del Sud -verdadero parásito adherido al suelo del nuevo mundo- que en todos los momentos de su historia amenazó a sus vecinos y más que amenazó, asaltó con invasiones verdaderamente bárbaras, como las de sus mamelucos que han dejado triste memoria en los países limítrofes ¿Con qué país vecino no tuvo disensiones seculares por la cuestión de límites? ¿A qué país vecino no arrebató el Brasil inmensas zonas de territorio?

Con estos contenidos O'Leary fue desplegando en el transcurso de la disputa un conjunto de argumentos que resultaron eficaces para mostrar que la guerra tuvo su origen en las maquinaciones del Imperio del Brasil y en la complicidad del gobierno argentino de Bartolomé Mitre y para salir victorioso en la polémica. El veinteañero letrado, que durante la controversia firmó todos sus artículos con el seudónimo de Pompeyo González, se hizo conocido, sus seguidores comenzaron a identificarse como pompeyistas y su revisión de la historia comenzó a ser denominada como *pompeyismo*.<sup>4</sup>

Pues bien, fue en ese contexto cuando, a comienzos del año 1907, se produjo el inicio de los vínculos con David Peña. O'Leary localizó un ejemplar del estudio sobre Juan

---

<sup>4</sup> Durante estos años de juventud como escritor, O'Leary utilizó varios seudónimos: primero hizo uso de Diego de la Escosura y luego apareció Justas N. Zambrana. En la polémica con Cecilio Báez firmó sus artículos con un tercer seudónimo, el de Pompeyo González. Fue con éste con el que se hizo conocido. Según testimonio de sus amigos “no había veterano de la guerra que no hablara de Pompeyo González sin religiosa unción”. Parece posible vincular, de este modo, los contenidos historiográficos del *pompeyismo* con una especie de *proto-revisionismo* histórico o, más precisamente, con algunos de sus temas. De hecho el mariscal Francisco Solano López no fue la figura central del debate O'Leary- Báez. Hemos desenvuelto esta lectura en (Brezza, 2011a). Autores dedicados a las relaciones entre historia y memoria en el Paraguay, como Luc Capdevila, han subrayado, asimismo, que a inicios del siglo XX el análisis de la trayectoria del mariscal seguía siendo “ambiguo, incluso para los intelectuales nacionalistas. Las posiciones de Blas Garay, de Juan O'Leary, así como las de Manuel Domínguez en 1900 no estaban definidas”. (Capdevila, 2010: 205)

Facundo Quiroga en una librería asunceña y, luego de leerlo, estampó en su cuaderno de apuntes íntimos, el siguiente juicio:

Hermoso libro. Su lectura me ha dejado una grata impresión. Quiroga resulta un prócer argentino. Desvanecida la sangrienta leyenda forjada por Sarmiento queda la vida del grande hombre, reducida a sus justas proporciones. Facundo ya no es el bárbaro, sediento de sangre, corrompido, enemigo jurado de la civilización como lo pintó el asesino de Peñaloza, el “doctor de Michigan”. Queda, como dice Peña, el general Juan Facundo Quiroga, representante nato de las provincias y precursor de Urquiza en la obra de la organización nacional. La teoría de Peña se puede fácilmente aplicar al Mariscal López. Un libro así de reivindicación es mi más constante preocupación. Alguna vez lo haré.

Francamente me seducen los hombres que, como David Peña, defienden a los perseguidos, a quienes se ceba el odio inconsciente de las multitudes. David Peña ha vindicado a Alberdi levantándole un monumento en Buenos Aires. Y ahora vindica a Quiroga. Los dos hombres más odiados de su país. Tiene que ser un alma fuerte. Y son pocos en la Argentina: Saldías y él. Y si Rosas y Quiroga tienen sus panegiristas ¿No podrá tenerlos el Mariscal López? López no cometió ni la millonésima parte de los crímenes de Rosas, ni anarquizó a su patria como Quiroga. Loco por el desastre, traicionado, vendido, cometió actos de crueldad que condeno, pero que son perfectamente explicables. Derramó sangre paraguaya pero en defensa de la patria por cuya causa pereció en el último campo de batalla. Es mil veces más grande que Rosas y Quiroga juntos. Con razón dijo Alberdi que no tenía un igual en la América.<sup>5</sup>

Al mismo tiempo remitió la primera carta a David Peña en la que, luego de presentarse, le ponía de manifiesto la identificación de sus ideas con el espíritu que, según entendía, había inspirado el estudio sobre el caudillo argentino:

Años hace que me consagro a una obra semejante desde las columnas de la prensa de mi país. No le asombre, pues, mi actitud, que ella es hija del entusiasmo que no puede menos que producirme esta afinidad entre su

---

<sup>5</sup> Biblioteca Nacional del Paraguay, Colección Juan E. O’Leary (en adelante BNP- CO), Diario de Juan E. O’Leary.

pensamiento y el mío. Cuan pocos son los hombres que, como usted, se atreven a desafiar los prejuicios en nombre de la justicia histórica. Yo que he combatido por todas partes en mi país brego en defensa de las glorias de mi patria, aprecio en su justo valor su actitud. Yo se las luchas, las trabajos, las amarguras que importa este noble apostolado. Créame, pues, su admirador y cuénteme en el número de los que le acompañan en su cruzada de vindicación iniciada con el monumento al más grande argentino – Alberdi- y meritoriamente continuada en su último libro.<sup>6</sup>

Merecen ser ponderados estos escritos porque, según entendemos, permiten “fechar” el origen de uno de los atributos principales de la forma de hacer historia de O’Leary: la vindicación. Aun no se había lanzado a la acción reivindicatoria del Mariscal Francisco Solano López pero el influjo que la lectura del libro de Peña ejerció sobre él pone de manifiesto que ya no “condenaba” al Mariscal López sino que comenzaba a “explicarlo”.

No se dispone de la respuesta de David Peña a esta carta. De hecho, todo indica que no hubo continuidad en la relación epistolar hasta bastantes años después, cuando se revivieron en Buenos Aires las controversias, iniciadas en las últimas décadas del siglo XX, en torno a otro cuestionado actor de la historia de la guerra: Juan Bautista Alberdi.

### **Segundo momento: Juan Bautista Alberdi**

A raíz de la decisión del Concejo Deliberante de la ciudad de Buenos Aires de darle a una calle el nombre de Alberdi, el diario *La Nación* hizo pública su objeción fundándose en la “traición” que había significado, según sostenía, la defensa intelectual de la causa paraguaya puesta de manifiesto en sus escritos divulgados en el transcurso del conflicto y en la correspondencia que mantuviera con el presidente paraguayo Francisco Solano López (Rubio García, 2010). David Peña replicó a *La Nación* desde las columnas de *La Prensa* y *La Época*, refutando la acusación con la que se cuestionaba al polígrafo tucumano. Sostuvo que:

El odio a Alberdi forma parte del culto mitrista (...) A medida que se eleva el nivel de la cultura pública, en proporción a los progresos del criterio ilustrado y

---

<sup>6</sup> *Ibidem*, Correspondencia Oficial y Privada, Asunción, enero de 1907.

científico de la república, se exalta y consolida la figura reflexiva del pensador más robusto y adelantado que ha tenido la organización nacional. Correlativamente, otros valores ficticios descienden, descienden (...) La obra original y profunda de Alberdi se estudia con interés y respeto en las universidades argentinas, donde se le discierne el alto valor jurídico que le corresponde.<sup>7</sup>

Para reforzar la defensa desplegada por Peña, O'Leary le envió una breve nota de adhesión y publicó en Asunción un artículo titulado "Mitre contra Alberdi". Se trató de un texto extenso e intenso en el que procuraba, como se ha apuntado, ratificar la defensa que Peña llevaba a cabo en la capital argentina. Entre los argumentos desenvueltos frente a quienes calificaban a Alberdi como traidor a la patria, O'Leary escribía:

Por lo demás, es del caso preguntar dónde estaba la patria en aquellos momentos y quiénes eran los que estaban, realmente, en inteligencia con el enemigo.

La patria no eran, seguramente, Mitre y sus corifeos, únicos que sostenían la guerra contra el Paraguay y el sometimiento servil a la política imperialista del Brasil.

La patria era el país entero sublevado contra la política de Mitre, era toda la República Argentina, hostil a la guerra. Y los enemigos, los verdaderos enemigos *en armas contra la patria* eran los que arrastraban al país a una empresa vergonzosa, sirviendo los intereses del adversario tradicional y poniendo al Paraguay en el caso de tomar las armas en defensa de su vida amenazada. No eran traidores los provincianos que se sublevaron en Basualdo y en Toledo para no ir al Paraguay; no eran traidores los Saa, los Varela, todos los caudillos del interior que levantaron banderas de revolución, y durante toda la guerra protestaron, con las armas en la mano, contra el bárbaro exterminio de un pueblo; no eran traidores los contingentes provincianos que se dispersaban en el camino o eran embarcados a balazos en los buques de la escuadra; no eran traidores los Guido, los Andrade, los Navarro Viola, todos los que en la prensa porteña defendían al Paraguay o condenaban a Mitre; no era traidor Adolfo

---

<sup>7</sup> *La Época*, Buenos Aires, 30 de noviembre de 1919.

Alsina diciendo que se hacía una “guerra carnicera”, ni Oroño pidiendo la paz en pleno parlamento, ni Quintana llamando “guerra desautorizada” a la guerra del Paraguay; no era traidor el mismo Urquiza haciendo una resistencia pasiva a la campaña; no eran traidores, en fin, todos los que de un confín a otro de la República estaban con el Paraguay o contra la funesta camarilla de Buenos Aires, coincidiendo en la condenación de una empresa que, al decir del mismo Mitre, “NUNCA FUE REALMENTE POPULAR. Si esto no fuera así, resultaría que, junto con Alberdi, ¡FUERON TRAIADORES TODOS LOS ARGENTINOS!”<sup>8</sup>

Llegados a este punto conviene hacer referencia al lugar que O’Leary le otorgaba a Alberdi en su lucha contra el “*mitrismo*”, al que definía como expresión de una “oligarquía omnipotente que había embargado la soberanía de las provincias del interior”.

A partir de la amistad que cultivó con el diplomático paraguayo Gregorio Benites – amigo de Alberdi y con quien mantuvo, en distintas circunstancias, una fluida correspondencia a lo largo de veinte años- a comienzos del siglo XX, O’Leary conoció los escritos del argentino producidos durante la guerra en defensa del Paraguay. Antes de fallecer, en el año 1909, Benites le legó a O’Leary su archivo, que contenía varios centenares de piezas epistolares que le dirigiera Alberdi. A partir de estas circunstancias, el historiador paraguayo hizo uso de la figura del argentino y de su posición intelectual durante la guerra para entretejerlo en su operación de *revisión de la historia*, en la cual fue presentado como un admirador de López y “justificador de sus crueldades”.

Pues bien, en el contexto de la controversia suscitada en Buenos Aires, Peña entró también en contacto epistolar con un discípulo de O’Leary, Juan Stefanich (1889-1976), a la sazón presidente del Centro de Estudiantes de Derecho de la Universidad Nacional de Asunción y que, con el correr de los años, se convertiría en un abogado, periodista y político paraguayo de fuerte influjo en la posguerra del Chaco para luego, a partir de 1937, vivir exiliado en Buenos Aires hasta su fallecimiento en 1976 (Caballero Campos, 2011). En una carta del año 1919 que se conserva en el fondo Peña de la Academia Nacional de la Historia puede leerse que Peña elogia al universitario por la decisión de fundar una Biblioteca y llevar adelante una empresa editorial. Algunos conceptos deslizados por éste a

---

<sup>8</sup> “Mitre contra Alberdi”, *Patria*, Asunción, 13 de diciembre de 1919.

raíz de este emprendimiento universitario son particularmente significativos en el sentido de reclamar una historiografía paraguaya en torno a la guerra de la Triple Alianza que, a la vez que documentada y científica, aportase una visión alternativa desde la perspectiva de los vencidos, como una manera de colaborar a que se alcanzase la verdad histórica sobre el conflicto bélico que enfrentó a los países sudamericanos a mediados del siglo XIX: “El Paraguay debe a la América y al mundo, especialmente, la bibliografía de la Guerra con la Triple-Alianza y ojalá que en esa bibliografía figurara la histórica, la documentada, la serena, para que sirviera a las conciencias que reclaman y reclamarán en lo futuro la verdad”.<sup>9</sup>

En la misma carta David Peña enlaza ese necesario proceso de revisión de la historia paraguaya, con el de reivindicación que él mismo asumió personalmente en torno a la figura de quien fuera su maestro y padre espiritual, Juan B. Alberdi, y aprovecha para anunciar a Stefanich que se ha conformado en Buenos Aires un comité de carácter nacional con el propósito de rendir homenaje y promover la erección de un monumento al inspirador de la Constitución Nacional argentina.

Invitado por Peña, Juan Stefanich junto a otros compañeros paraguayos, participó en Buenos Aires de ese homenaje, en el mes de mayo de 1920, ocasión en la que pronunció en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires una conferencia que tituló “*El Paraguay: su historia y sus hombres*”. Tras su estadía en la capital argentina, le escribió a Peña para expresarle su agradecimiento por la acogida que le dispensara. Dada la distancia generacional, reconoce en Peña a un “padre”, a un “amigo”, a un “protector” y a un “consejero”, y lo pone al tanto del entusiasmo con el que el público de Asunción ha reaccionado frente a las noticias y telegramas llegados desde Buenos Aires.

En particular, Stefanich agradece a Peña por los elogiosos conceptos que sobre la Delegación de Paraguay le ha expresado en una carta a Juan O’Leary, de lo cual se puede deducir que el contacto entre Peña y Stefanich había surgido de la relación en común con el historiador paraguayo. El vínculo intelectual e ideológico entre Stefanich y su maestro O’Leary queda reforzado en la carta por la alusión que hace el primero a algunas críticas que también han existido por parte de la prensa liberal asunceña, y en particular por el

---

<sup>9</sup> Academia Nacional de la Historia (ANH), Fondo David Peña, Caja 2, *De David Peña a Juan Stefanich*, Buenos Aires, abril 20 de 1919.

diario *El Liberal*, que ha descalificado a los delegados paraguayos enviados a Buenos Aires, tildándolos de “víctimas e instrumentos del señor O’Leary”. Stefanich le anuncia a Peña, además, que publicará sus crónicas de viaje en *El Diario* y que luego las editará en folleto.<sup>10</sup> Efectivamente, poco después aparece publicado el libro de Stefanich, titulado *Alberdi, la Argentina y el Paraguay: al margen de una misión*, de 199 páginas (Stefanich, 1920). En él, un capítulo se dedica específicamente a: “La delegación a Buenos Aires”, en donde Stefanich brinda una versión testimonial de su viaje<sup>11</sup>.

El homenaje brindado a Alberdi en 1920 habría obrado como incentivo para la reflexión historiográfica. Además del mencionado libro de Stefanich, fueron publicados en Buenos Aires: *Alberdi fue traidor?* y *El gran americano Juan Bautista Alberdi*, de Adolfo S. Carranza, antecedido este último por una carta prólogo de David Peña. De ese mismo año data, además, la publicación de una nueva edición de las *Obras selectas* de Juan B. Alberdi, en 18 tomos, con introducción y selección a cargo de Joaquín V. González. Y también parece haber propiciado la reanudación del contacto epistolar entre O’Leary y Peña. En efecto, el 19 de mayo de 1920 el primero le escribía una carta al argentino encabezándola “mi querido amigo”. La epístola demuestra que, no obstante el inicial intercambio de 1907, no se habían conocido personalmente en los años que siguieron y tampoco habrían cultivado el intercambio promovido por O’ Leary:

¡Amigo, sí! Hace catorce años que lo soy ¿Recuerda Ud. la carta que le escribí entonces, después de leer su libro sobre Facundo? No importa que no nos hayamos encontrado en ninguna encrucijada de la vida. No importa que nunca hayamos tenido ocasión de darnos un abrazo fraternal. El culto a Alberdi nos vinculaba y nuestro común apostolado justiciero nos aproximaba. Yo, al menos, lo he contado siempre entre los hombres caros a mi corazón. Mis amigos podrían testificar si su nombre ha sido familiar en mis labios en nuestras tertulias intelectuales. Y su caballeresca conducta con nuestros delegados obliga profundamente nuestra gratitud. De hoy en adelante figurará Ud. al lado de

---

<sup>10</sup> ANH, Fondo David Peña, Caja 2, *De Juan Stefanich a David Peña*, Asunción, mayo 21 de 1920.

<sup>11</sup> Este libro corresponde al volumen 7 publicado por la Biblioteca paraguaya del Centro de Estudiantes de Derecho, integrando así una colección en la que le habían precedido títulos como *Nuestra epopeya (guerra del Paraguay)* (1919), de Juan E. O’Leary, *La causa nacional, ensayo sobre los antecedentes de la guerra del Paraguay (1864-70)* (1919), de Justo Pastor Benítez, *Rodó: homenaje de la juventud del Paraguay* (1919), *La cuestión social* (1919) y *Visiones uruguayas (impresiones de un viaje)* (1920), de Juan Vicente Ramírez, y *Aurora*, del mismo Juan Stefanich (1920).

Alberdi, entre los grandes argentinos amigos del Paraguay. Y yo espero que cultivaremos nuestras relaciones manteniendo una activa correspondencia. Porque uno y otro tenemos una gran misión que cumplir, la de vincular a nuestras patrias, reconciliándolas en el respeto a lo que constituye su honor y su gloria y sacudiendo sus odiosos prejuicios que nos legaron generaciones envenenadas por pasiones que ya no tienen razón de ser. Gracias, pues, por todas sus bondades, gracias, pues, por sus infinitas gentilezas y crea que siente por usted el más sincero afecto, su amigo paraguayo.<sup>12</sup>

Para ese entonces Peña ya había desarrollado la mayor parte de su trayectoria vital y era una figura reconocida de los círculos intelectuales argentinos. Desde 1906 formaba parte de la Junta de Historia y Numismática Americana, y había sido secretario general de la Comisión Nacional del Centenario de la Revolución de Mayo, también había fundado la *Revista Argentina* (1891) y la revista *Atlántida* (1911), así como el Ateneo Nacional (1913). Tenía en preparación, la edición de las “Memorias de Alberdi”, un conjunto de escritos distribuidos en tres tomos que pretendían abarcar los sucesos de su vida entera, entre 1810 y 1884. Pues bien, habiendo sabido por el mismo O’Leary sobre la existencia del conjunto de cartas de Alberdi dirigidas a Gregorio Benites durante la guerra del Paraguay y en los años posteriores, Peña le escribió a O’Leary manifestándole que no se decidía a hacer públicos los tres tomos por faltarle esa correspondencia:

El tiempo pasa, los años transcurren, la vejez viene y nosotros nos quedamos cediendo el campo a enemigos comunes. Los que vengan después de nosotros, de usted y de mí, para hacer más real mi interrogación ¿tendrán la facilidad y el entusiasmo, el valor y los medios que nosotros poseemos para hacer la misión? De usted depende, pues, que lancemos a América un libro más sobre Alberdi, con su parte sobre Paraguay, y este será de combate y de interés porque será pura autobiografía.<sup>13</sup>

Las cartas de Alberdi no llegaron a manos de Peña. Tampoco O’Leary completó, en los años siguientes, la escritura de una biografía de Alberdi, ni la publicación de esas misivas, aunque mantuvo y reiteró su propósito en no pocas ocasiones, sobre todo cuando

---

<sup>12</sup> BNP, Colección Juan E. O’Leary, Correspondencia Oficial y Privada.

<sup>13</sup> *Ibidem*.

se renovaba la polémica en torno a la actuación del jurisconsulto argentino a favor del Paraguay.

### **Tercer momento: Peña, O’Leary y los “procesados de la historia”**

La última carta de la relación epistolar Peña-O’Leary encontrada hasta el momento, fue escrita por el historiador paraguayo en 1928. La reanudación del contacto es motivada en este caso por un escrito de Peña relativo a Francisco S. López.

O’Leary residía, en esos años, en Madrid, en calidad de Encargado de Negocios de Paraguay pero realizaba frecuentes viajes y estadías en París, donde con otros letrados paraguayos, habían establecido la *Editorial de Indias*, dedicada a la publicación de obras de y sobre Paraguay. Al momento de conocer el escrito de Peña sobre López, O’Leary divulgaba su biografía sobre el mariscal Solano López (1925). Estas circunstancias explican que se manifestase conmovido por la lectura del texto de Peña y encontrase natural la posición adoptada por quien otrora iniciara la defensa de Facundo Quiroga, como si un nexo invisible uniera a todos los repudiados de la historia, y los hiciera a todos igualmente merecedores de la reivindicación por parte de los historiadores identificados con una corriente de revisión del pasado:

No podía hablar en otra forma el gran justiciero de la historia argentina, el intrépido vindicador de la memoria de Alberdi, el que arrojó las primeras flores de piadosa recordación sobre la tumba sin nombre de Facundo Quiroga... Un espíritu selecto como el suyo no podía caer en la vulgar diatriba, ni, mucho menos, dejar de sentir la grandeza del hombre formidable a quien Buenos Aires juró un día “eterna gratitud”, del patriota implacable que todo lo sacrificó por su patria, muriendo con la espada en la mano en la heroica actitud de los más bellos tipos de la historia del mundo. No! Un David Peña tenía que hablar así, sin temores, sin preocupaciones, libre de prejuicios, aplaudiendo al pueblo paraguayo que hoy alza orgulloso sobre su cabeza la figura del varón fuerte que fue la encarnación de su derecho y el representante armado de su soberanía.<sup>14</sup>

---

<sup>14</sup> ANH, Fondo David Peña, Carpeta 3, De *Juan E. O’Leary a David Peña*, Madrid, agosto 28 de 1928.

A través de estas palabras se trasunta la profunda admiración de O’Leary hacia el autor en cuyas ideas puede filiar su propia posición historiográfica. Se refleja, asimismo, el claro sentido de exaltación patriótica que el propio O’Leary le ha conferido a su labor como historiador, y la operación que ha puesto en marcha para transformar a López en héroe máximo y mártir sacrificado de su nación.

O’Leary se siente el intérprete y portavoz de los sentimientos de su “patria adolorida”, cuando agradece en nombre de ésta a Peña por sus juicios ecuánimes sobre el cuestionado gobernante paraguayo.

Finalmente, O’Leary aprovecha su carta para enviarle a Peña dos libros suyos que espera que lea y, de ser posible, comente. Lejos de buscar una actitud de prescindencia e imparcialidad frente al pasado, el autor paraguayo le confía a Peña en la intimidad de su intercambio epistolar “el dolor que trasuntan esas páginas”. Espera encontrar comprensión y empatía de parte de Peña, y le especifica que en uno de ellos encontrará el texto íntegro de la carta de López a su hijo.

Dos años después, a los 68 años de edad, falleció David Peña. En el seno de la Junta de Historia y Numismática Americana, de la cual era miembro, Peña fue recordado por Octavio Amadeo –en un sentido similar al que le había atribuido O’Leary en su carta de 1928- como el “abogado de los grandes procesados de la historia” y evaluó, con la perspectiva del tiempo transcurrido, el significado de su obra, diciendo: “Su *Quiroga* fue un golpe de piqueta a lo consagrado, a lo que parecía intangible, al *magister dixit*. (...) Peña cometió esa irreverencia patriótica; proclamó el libre examen, exigió la revisión de muchos fallos. Fue una novedad simpática. Hoy ya no se discute esa revisión; está decretada por todos.”<sup>15</sup>

Ya habían llegado, en Argentina, los tiempos del revisionismo histórico. Por su parte, en Paraguay, el *pompeyismo* de 1902 era suplantado, al momento de esta carta de O’Leary, por una nueva expresión: el *lopizmo*, con la que se conocería el movimiento de revisión de la historia en Paraguay a lo largo de la primera mitad del siglo XX. O’Leary se convirtió, hasta su muerte, en 1969, en el historiador más influyente del país. Conocido como “el reivindicador”, “el cantor de las glorias nacionales”, “el historiador nacional” (así lo declaró, mediante un decreto, Alfredo Stroessner, erigiéndole una estatua, en vida, en la

---

<sup>15</sup> *Boletín de la Junta de Historia y Numismática Americana (BJHNA)*, Buenos Aires, 1936, vol. VIII: 220.

principal plaza asunceña) cimentó, en su dilatada actuación político y cultural, una exitosa historia militante que convirtió la derrota en la guerra contra la Triple Alianza en una victoria del “paraguayo más inmortal”, el Mariscal López; una visión que fue calando en vastos sectores de la sociedad paraguaya y quedó cristalizada durante el régimen de Alfredo Stroessner.

## Referencias bibliográficas

Fuentes documentales:

Academia Nacional de la Historia (ANH), Fondo David Peña

Biblioteca Nacional del Paraguay, Colección Juan E. O’Leary (BNP- CO)

Stefanich, Juan (1920), *Alberdi, la Argentina y el Paraguay: al margen de una misión*, Asunción: Talleres Nacionales de H. Kraus.

Fuentes periódicas:

*Boletín de la Junta de Historia y Numismática Americana (BJHNA)*, Buenos Aires

*La Época*, Buenos Aires

*Patria*, Asunción

Bibliografía:

Borkoskay, María Mercedes (2002), “Epistolarios: la intimidad expuesta”, *Cahiers du GRIAS*, Université de Saint Étienne, N° 10, pp. 27-45.

Brezzo Liliana M. (2011a), *Juan E. O’Leary. El Paraguay convertido en acero de pluma*, Asunción: El Lector.

Brezzo, Liliana M. (2011b), “¿Qué revisionismo histórico? El intercambio entre Juan O’Leary y el Mariscal Pietro Badoglio en torno a El Centauro de Ybycuí”, Juan Manuel Casal y Thomas L. Whigham (eds.), *Paraguay en la historia, la literatura y en la Memoria*, Montevideo, Asunción: Universidad de Montevideo y editorial Tiempo de Historia, pp. 361-375.

Caballero Campos, Herib (2011), *Juan Stefanich, el canciller de la revolución*, Asunción: El Lector.

Capdevila, Luc (2010), *Una guerra total: Paraguay, 1864-1870. Ensayo de historia del Tiempo presente*, Asunción: CEADUC.

Devoto, Fernando y Marta Pagano (2010), *Historia de la Historiografía Argentina*, Buenos Aires: Sudamericana.

Mestre Sanchís, Antonio (2000), “La carta, fuente de conocimiento histórico”, *Revista de Historia Moderna*, Valencia: Universidad de Valencia, N° 18, pp. 13-26.

Ortega, Soledad (1991), “Reflexiones en torno a los epistolarios”, *Revista de Occidente*, Madrid, N° 120.

Reali, María Laura (2006), “Entre historia y memoria: la producción de Luis A. de Herrera en los orígenes de un relato revisionista sobre la Guerra del Paraguay”. *Nuevo Mundo, Mundos Nuevos* [En línea], Coloquios, Puesto en línea el 02 febrero 2006. (URL: <http://nuevomundo.revues.org/1725>; DOI: 10.4000/nuevomundo.1725. Consultado el 26 abril 2013)

Rubio García, María Sol (2010), “La temprana revalorización de Juan B. Alberdi en los escritos de David Peña”, *III Jornada de discusión de avances de investigación en Historia Argentina: fuentes, problemas y métodos*, Rosario: Instituto de Historia, UCA – IDEHESI-CONICET.

Scavone Yegros, Ricardo (comp.) (2012), *Polémica sobre la historia del Paraguay*. Estudio preliminar de Liliana M. Brezzo. Asunción: Editorial Tiempo de Historia.